

Acotaciones a un debate / 3

Francisco Sevillano Calero

La clarificación del debate sobre la continuidad de la tradición liberal en la cultura durante la dictadura franquista precisa contestar, en mi opinión, a la pregunta de qué se entiende por "intelectualidad". Partir de los sujetos de esa historia en el contexto que siguió a la imposición del "Nuevo Estado" permite comprender mejor ambos términos del enunciado de este debate, basándose para ello en las actitudes de colaboración y disidencia, en modo alguno excluyentes a lo largo de la trayectoria de una parte de esa intelectualidad durante la pervivencia del régimen dictatorial. Como categoría particular de creadores "comprometidos", los intelectuales adquieren una autoridad y ejercen un influjo en las discusiones públicas. Ello plantea fundamentalmente la cuestión de su conducta política y su actitud crítica frente al poder desde la posición que ocupan en el espacio social de la cultura. A partir del estallido de la guerra civil en el verano de 1936, el campo cultural se fue articulando en relación con los límites de la colaboración de los intelectuales con la «España nacional», o el alcance de la autonomía de los proyectos ideológicos que propugnaron en un marco jurídico de censura oficial e intervención de la producción cultural.

Sin embargo, el control del espacio público en el «nuevo Estado» no supuso la desaparición de toda afirmación de autonomía e incluso de pretensión de hegemonía de proyectos específicos, que la cultura política del franquismo sólo aglutinó en parte. Así ocurrió con la búsqueda de tal afirmación mediante la política totalitaria favorecida desde la Falange en los inicios de la «España nacional» mediante el dirigismo cultural y la organización de los instrumentos de comunicación pública en todos los órdenes. Un proyecto que aspiraba a forjar una «cultura popular» y a formar una «conciencia nacional», no sólo a través del adoctrinamiento de las conciencias, sino a partir de un «ideal de hombre», de la adecuación de las conductas a un «estilo de vida», concebido como esencia de la política. El control por el Estado no hizo que los intelectuales fueran meros agentes pasivos del poder, delimitándose más bien «espacios propios» en la cultura política del franquismo. En este sentido, cabe hablar de colaboración entre política cultural y práctica cultural en torno a unos nexos (instituciones, publicaciones, actos); es decir, el éxito de la primera no sólo depende de la depuración, la censura y los incentivos oficiales (que aseguren la adhesión de la figura del «intelectual-orgánico» en los aparatos del Estado), sino también de las predisposiciones, así como de los usos, que condicionan y conforman las actuaciones y los productos culturales de un grupo intelectual. La tensión entre colaboración y autonomía de estos proyectos condicionó, como en la Falange, el sentido de la recepción, más que la continuidad, de la cultura liberal de preguerra en España y, sobre todo, la lenta manifestación de una disidencia intelectual a la dictadura.

Así, el compromiso falangista con el «nuevo Estado» se unió a la exaltación de una estética propia, creada en la década de 1930. Entonces, las repercusiones de la cultura fascista italiana en el contexto que siguió a la proclamación de la República española, como sucedió a través de la revista *La Gaceta Literaria* desde 1927 hasta 1932, contribuyeron al abandono de los postulados estéticos vanguardistas por un claro y combativo compromiso político en torno a una ideología de partido y, sobre todo, de los valores de nación y Estado. Su director, Ernesto Giménez Caballero, contribuyó decisivamente a elaborar las peculiaridades de tal estética, según hiciera en el libro *Arte y Estado*, de 1935; obra que ejerció gran influencia en los valores de los creadores falangistas antes de la guerra civil.

De esta manera, la relación de algunos intelectuales falangistas durante la posguerra con otras expresiones culturales anteriores en España estuvo constreñida por tópicos profundamente ideologizados, sobre todo por la exaltación de valores nacionalistas de inclinación tradicional e integrista. Particularmente, la recuperación del legado intelectual liberal por algunos creadores falangistas fue sesgada y estuvo subordinada a una cosmovisión de España henchida de nacionalismo, la fe en un Estado fuerte y un populismo radical; valores que habían fundamentado la ideología y la estética falangistas en relación con la recepción del fascismo antes de la guerra y desde los que se procedió a una reinterpretación de la tradición del nacionalismo liberal. Consiguientemente se produjo la exaltación de una estética fascista de acusado nacionalismo y estatismo, de valores católicos y que proclamaba la idea de Imperio y «unidad de destino», como ocurrió a través de las revistas *Vértice* y *Escorial* en la inmediata posguerra; presupuestos ideológicos que condicionaron la pretendida «integración» cultural. El desencanto resultó más bien del fracaso en la imposición de tal proyecto totalitario, como ocurrió tras el apartamiento de destacados falangistas como Tovar y Ridruejo de los organismos de prensa y propaganda del Estado a principios de mayo de 1940.

Por su parte, y después de los sucesos de la rebelión militar de 17 y 18 de julio de 1936, la jerarquía episcopal española apoyó la «causa nacional» ante la evidencia de una guerra. Así, después del verano de 1936 el término «esfera eclesial» volvió a ser recurrente en referencia a un orden perfecto y un proyecto universalista desde los que debían producirse las relaciones de independencia y colaboración entre la Iglesia católica y las autoridades de la «España nacional» y definirse la política a seguir una vez terminara la guerra. Ello sucedió en particular a partir del ascenso de un grupo de católicos con motivo de la remodelación de gobierno que ocurrió el 9 de agosto de 1939. En un contexto más amplio, esa noción de esfera eclesial sirvió para definir el ideal de «Estado católico» en medio de la consolidación del totalitarismo en distintos países europeos, procurando salvaguardar la Iglesia católica su influencia e independencia. En el «nuevo Estado», la situación de «privilegio» que disfrutó la institución eclesial por su apoyo y legitimación del «Alzamiento» permitió la defensa de unos derechos considerados concordados y no otorgados por el Estado, también en la educación y la cultura. Una defensa que supuso el intento por delimitar un espacio autónomo propio, un

«espacio católico» como concreción de la «esfera eclesial» en las relaciones de poder con el Estado y otros grupos, como la Falange.

De este modo, la contradicción y las tensiones caracterizaron la institucionalización del «nuevo Estado», asimismo en el campo cultural, que presenta rasgos estructuralmente equivalentes al campo político. Esta contradicción y tensiones fueron provocando el desplazamiento de ciertos intelectuales hacia los márgenes del campo cultural del franquismo, sobre todo después de la derrota de los fascismos en la guerra mundial. En mi opinión, ello explica mejor la trayectoria personal de algunos intelectuales falangistas y católicos dentro del sistema de poder del franquismo: unas trayectorias personales que fueron confluyendo a través de «itinerarios de frontera» hacia la disidencia, separándose así de los valores e ideas oficiales. La evidencia de tales circunstancias y trayectorias personales precisa restringir la noción de disenso, pues suele emplearse como la categoría más general y comprensiva de toda forma de desacuerdo y de actitud negativa, que puede transformarse en apatía, desobediencia civil, protesta u oposición. La delimitación del concepto permite entender el disenso más bien como categoría residual, tratándose de formas de resistencia no organizadas de manera estable ni institucionalizadas, que se mantienen dentro de niveles moderados y no violentos en el ámbito individual o colectivo. Si el disenso se refiere así a tales formas de resistencia cotidiana (muchas veces anónimas), la disidencia intelectual se distingue por su identidad y trascendencia pública, convirtiéndose en referente moral.

Hay que puntualizar asimismo que su alcance está unido a la lenta articulación de «espacios libres»: marcos a pequeña escala dentro de una comunidad que son apartados del control directo de los grupos dominantes, participándose voluntariamente en ellos y que generan un cambio cultural que precede o acompaña a la movilización social. En parte, fue en torno a tales experiencias personales como acabó produciéndose la articulación de nuevas sociabilidades, abriéndose esferas de publicidad, no obstante el control y la represión. Estos espacios libres actuaron como medios culturalmente contruidos entre la realidad social y las actitudes y los comportamientos colectivos opositores contra la dictadura franquista en la década de 1960.